

entrega no fué infructuosa á la restauración de la monarquía, de que hasta entonces se había mirado como una de las porciones más estimadas é iba á quedar separada para siempre: con ella perdieron los árabes lo que allende retenían, y de ella ha de datar la historia, la actividad mayor y el impulso nuevo y progresivo de los cristianos que aquí peleaban por su religión y por la independencia.

Si en la anterior deslealtad del walí barcelonés Soleimán, intervinieron aquellas excusas con que sin duda fué menester cohonestarla, cuando Zaragoza vino á hacerse foco de los manejos de los malcontentos, su gobernador, que como dijimos es casi probado era el mismo Soleimán, ya no juzgó indispensable escudarse con pretexto alguno. En el consejo general ó *campo de mayo*, que en 777 celebró Carlomagno en Paderborn, se presentó una embajada de sarracenos, á cuya cabeza iban Soleimán el Arabi (1) y el hijo del destronado emir Jusuf. Soleimán ofreció al rey las ciudades que por su soberano de Córdoba tenía (2); y cuáles fuesen éstas dícenlo los rehenes, que después de tomada Pamplona él y otro walí Abu Taher ó Abítauro dieron á Carlomagno por Huesca, Barcelona y Gerona. Afirmase que en su forzosa y prudente retirada el rey se llevó á el Arabi aprisionado á Francia (3); pero libertado de uno ú otro modo, pereció asesinado en Zaragoza por su rival y cómplice Hussein ben Yayah (4). Con poca costa volvió Abd-el-Rahmán á reducir á su obediencia todas las plazas desde Zaragoza hasta Gerona: á sus walíes les tenía sobrada cuenta no negársela, aun sin recordar que este era siempre su proceder, y las excusas y hasta hostilidades con que habían recibido á Carlomagno basta-

(1) Las crónicas le apellidan *Ibinalarabi* y *Ebilarbi*.

(2) *Annales rerum francicarum, quæ à Pipino et Carolo Magno gestæ sunt.* — EGINHARDI *Ann. de Gestis Caroli M.* — *Annales Franc. Fuldenses.* Veáse el APÉNDICE, Número 6, letra B.

(3) *Annales alii Francorum ex duobus Pervetustis cod. M. SS.*, etc. Veáse el APÉNDICE, Número 6, letra C.

(4) ROMÉY, *Hist. de España*, Parte 2.<sup>a</sup>, cap. 7.

ban á persuadir al emir no sólo de que su deslealtad no pasó de apariencia, sino de que puestos en tan aventurada y combatida frontera y en semejantes coyunturas no podían obrar de otro modo. Pero la hora de la restauración era llegada: Rosellón y Cataluña habían visto las armas francas atravesar por sus regiones hacia el Aragón á reunirse con el restante ejército; y seguros los cristianos por la parte de la Galia, ya no había de ser tan desesperada la pelea como cuando á entrambas faldas del Pirineo dominaba la media luna. Ya fuese sitiada por los francos, como es lo más probable, ya no, los habitantes de Gerona, imitando á los narboneses, en 785 pusieron su ciudad en poder de Carlomagno, y alcanzaron ser regidos por un conde cristiano, el primero que acá se menciona (1) (a). Urgel, que no ofrecía sino escombros, asentada en el mismo riñón de los bajos Pirineos y enmedio de los más fieros de los montañeses, escaseó de aliciente para una ocupación constante que hubiera sido tan estéril como sangrienta y disputada de continuo: así no es de admirar que ya antes, en 783 fuese su sede la única por aquí nombrada, y tan libre que su obispo Félix tuviese espacio para inventar una herejía y llamar con sus errores la atención de la cristiandad católica, y se concibe porque esta ciudad no se encuentra mentada por los cronistas arábigos sino en tiempos posteriores.

Duraba aunque escondido el fuego de la rebelión pasada de los sarracenos, cuyas tribus más revoltosas y contrarias al gobierno omíade, por afecto á los Abásides ó por espíritu de raza, componían la mayor parte de los infieles de Cataluña como de

(1) *Cronicón Moyssiænsis canobii.* Veáse el APÉNDICE, Número 6, letra D.

(a) Ha venido colocándose en esta temporada la supuesta entrada de Carlomagno en Cataluña, sobre la cual existían tradiciones que habían sido aceptadas por algunos cronistas, en particular por Pujades. Hoy puede negarse cumplidamente tal entrada del Emperador, como lo ha demostrado Bofarull (*Historia crítica, civil y eclesiástica de Cataluña*, t. II, cap. III) con gran copia de razones.

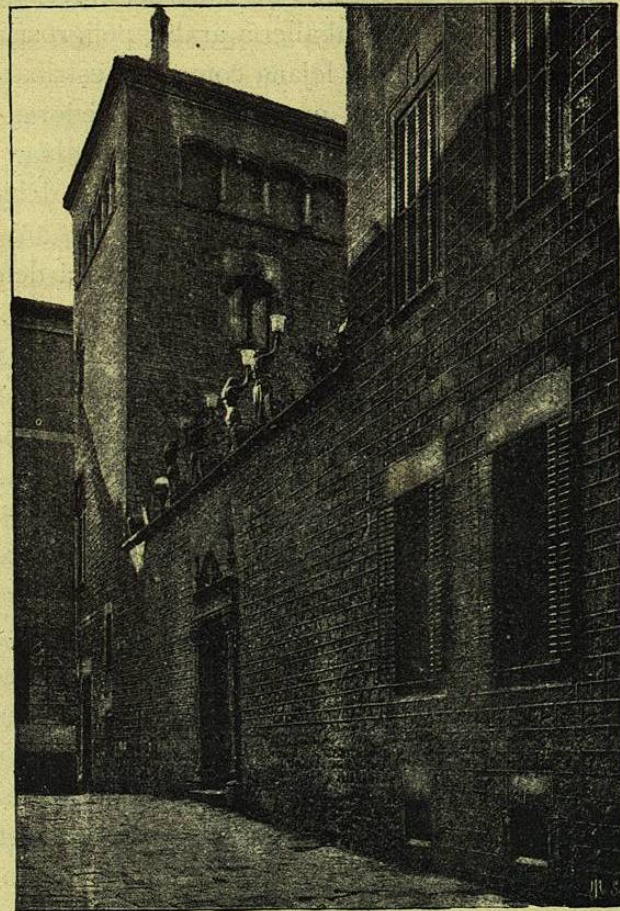
El mismo autor presume que el conde cristiano á quien se hace referencia, podía ser el Rostaing ó Rostaño que figura ya más tarde, en la entrada de Ludovico Pío y en el sitio de Barcelona, como «conde de Gerona».

Aragón, y pronto reapareciendo de debajo de sus cenizas, secundó los conatos de los cristianos. Fué la señal el levantamiento de los hermanos del nuevo emir Hescham, sucesor de Abdel-Rahmán, y el primero en aprovecharlo el walí de Tortosa Said-ben-Hussein, que en 788 derrotó y mató al de Valencia enviado contra él por su soberano. Imitó su ejemplo otro jefe de la frontera llamado Bahlul-ben-Makluk, quien posesionándose de Zaragoza concertó alianza para su recíproca independencia con los walíes de Barcelona, Tarazona y Huesca (1). Sin duda fué uno de éstos aquel Abu-Taher que prestó homenaje á Carlomagno. Hubieron de mediar algunas batallas perdidas y la muerte de Said ben Hussein y de otros caudillos, para que las plazas sublevadas abriesen sus puertas al general omíade y walí de Valencia Abu Otmán; y tan funesta fué sin duda esta guerra civil trabada á vista de los pueblos cristianos del Pirineo ya levantados, que Hescham, proclamando el año siguiente 791 la guerra santa, envió tres grandes ejércitos á toda esa cordillera y á los campos de Galicia. Uno de ellos penetró á viva fuerza en los Pirineos orientales, llenos de población cristiana, de la cual alcanzó grandes despojos, cautivos y ganados: en 793 tomó á Gerona por asalto y pasó sus moradores á cuchillo (2); y entrando por la Septimania, á la sazón desamparada de Ludovico y exhausta de fuerzas, llevó la muerte y el incendio á los mismos muros de Narbona.

Íbale mucho al emir en esa algara; que ya los cristianos de Cataluña, como indicamos, asomaban otra vez de sus guaridas á la sombra de tantos disturbios. Una división de ellos había bajado osadamente al mando de un jefe godo de las montañas, apellidado JUAN; y en las cercanías de Barcelona, en un sitio llamado *Ad Ponte*, éste hubo en los sarracenos tal victoria, que del botín recogido pudo después en Aquitania regalar por su

(1) CONDE, 2.ª Parte, cap. 27.

(2) Marca no admite esta rendición de Gerona, pero infundadamente.



CASA DEL ARCEDIANO

propia mano á Ludovico Pío un excelente caballo, una cota de armas de las mejores y una espada *india* con vaina guarnecida de platería (1). Ninguno, si no muy práctico en la tierra, podía aventurarse á tanto, á trabar combate delante de una ciudad fortísima, en comarcas no escasas de llanuras, á propósito para el ímpetu y el alcance de la caballería árabe, peligrosísimas para una retirada segura, y esta lejana como que estribaba en los montes. Si el mayor número, pues, de los vencedores no eran aquellos mismos montañeses que tan duramente habían contrastado el mando sarraceno, éstos necesariamente debieron de guiar á toda la hueste; y de todos modos hay que añadir á las anteriores esta prueba insigne de que en punto á defender la independencia del país, todos los pueblos de la cordillera son coetáneos y competidores. Tampoco entra en la mera probabilidad sino en la más cabal certeza que el caudillo JUAN fuese godo (2). Necesitado, por los contratiempos que sobrevinieron, á emigrar á la Septimania, Ludovico, rey de Aquitania, le premió con un terreno inculto, llamado *Fonte*, en el país de Corbieres y diócesi de Narbona, libre de todo censo y servidumbre; y le envió á su padre Carlomagno, recomendándole por escrito, para que éste confirmase su donación. Por marzo de 793 la obtuvo JUAN en Aquisgrán para sí y sus descendientes como alodio hereditario, con la misma libertad y sin otra sujeción que la del debido homenaje (3). Ludovico se la confirmó en 815, añadiendo el casal ó *Villare Cella carbonilís* y todo lo de la villa de *Fonte-joncosa*, otorgándole á él y á sus hijos completa jurisdicción sobre sus vasallos, y prohibiendo á todo conde y juez de la corona que interviniese en juzgar á ninguno de estos (4). Actuóse esta confirmación á 1 de enero de 815, es decir, el

(1) *Historia general del Langüedoc*. Véase el APÉNDICE, Número 7.

(2) Decimoslo porque los historiadores del Langüedoc le suponen caudillo franco.

(3) BALUZIO, *App. Capit.* tom. 1, pág. 1400. — *Historia general del Langüedoc*, tom. 1, pruebas, pág. 29, prueba IX. Véase el APÉNDICE, Número 7.

(4) *Historia general del Langüedoc*, tom. 1, pruebas, pág. 45, prueba XXV.

mismo día y al tiempo mismo que aquel príncipe publicaba su primera ordenanza á favor de los refugiados españoles, y si á semejante distinción se añade el parecer de que él fué otro de los diputados que los refugiados comisionaban á Ludovico para pedirle aquel rescripto (1), ya es evidentísimo que gozó de gran nombradía y fué ilustre ó por solas sus hazañas ó también por su rango. Muerto él, su hijo *Teodofredo* pidió á Carlos *Calvo* que le renovase esa confirmación; y á 5 de junio de 844, este príncipe, haciendo memoria de cuánto hemos contado, vino en otorgársela, llamándole vasallo suyo directo (*vassus noster*) y aumentándola con la nueva donación de cuánto su tío *Wilimiro* ó los vasallos de éste y de su padre *Juan* hubieron por *adquisición* ó franco alodio (2). Los nombres que aquí suenan son godos; y la concesión de un terreno yermo y los términos en que ella va concebida, si dicen la noble alcurnia de *Juan*, también acaban de confirmar que fué otro de los caudillos (3), que entraron los postreros á ampararse de la Galia Narbonesa cuando la sangrienta expedición con que el emir Hescham, como arriba dijimos, ocupó y taló la mayor parte de Cataluña y penetró en aquella provincia de allende.

Tanto para tomar venganza de esta funesta algara, como para llevar de una vez á efecto la conquista aplazada tiempo había, Carlomagno resolvió enviar un ejército á España; en lo cual no tuvo poca parte la buena coyuntura de ocupar recientemente el solio de Córdoba el hijo del difunto Hescham y de andar tramando nuevas sublevaciones los tíos del mozo hasta el

(1) BALUZIO, *not. in Capit.* tom. 2, pág. 1080.

(2) *Historia gen. del Lang.* tom. 1, pruebas, pág. 85, prueba LXVI. Véase el APÉNDICE, Número 7.

(3) La historia, pues, hace mención explícita de dos caudillos de los cristianos de Cataluña en los principios de su restauración: — QUINTILA ó QUINTILANO, — y JUAN. No es extraño que ni de uno ni de otro hablen las crónicas francas, cuando apenas y con singular parsimonia lo verifican con los romanogodos de Narbona, que se ve claramente formaban un estado regido por sus leyes especiales antiguas en el cual, al tiempo de entrar á posesionarse de él los francos, descollaban señores muy poderosos.

punto de acudir Abdalá uno de ellos á pedir la cooperación del monarca cristiano. Entraron, pues, las huestes de su hijo Ludovico *Pío* por los años de 796 á 797; y dieron á los rebeldes wáltes de la raya otra ocasión de probar que no se sometían de buena fe ni á sus emires ni á los reyes de Francia, sino que cediendo á las vicisitudes de los sucesos se amparaban del más fuerte (1). Abu-Taher y Bahlul-ben-Makluk, los principales entre ellos, se opusieron á esa entrada, y presentando batalla fueron vencidos (2). El ejército cristiano recobró la infeliz Gerona y extendió sus operaciones por toda el alta Cataluña, donde ya era más débil el dominio árabe y más vivos el espíritu y el hábito de cifrar la libertad en las armas; mientras otras de sus divisiones tomaron Lérida y Pamplona y movieron á Hassan, walí de Huesca, á entregar las llaves de esta plaza, que no se ocupó por entonces. Los hechos posteriores, de que luégo daremos cuenta, acreditan que los aquitanos y los romano-godos de la Septimania entraron como contingentes muy considerables en la formación de tales ejércitos: ¿por qué no hemos de creer también que algunos de los nombres godos que entre ellos aparecen, sean una mínima parte de los muchos, que de otras provincias españolas habían tenido que refugiarse en la Galia Narbonense?

No era menester tantas victorias para que se alentasen los de Barcelona, ya alborotados con la anterior entrada de los francos y con el triunfo de *Juan*. Á cristianos y sarracenos les brindaba la coyuntura á rebelarse contra el joven emir El-Hakem; por lo cual estalló en la ciudad una sublevación, á cuyo favor diz que ascendió al waliato un árabe llamado Zeid, ó Zado según las crónicas (3). Gran parte del impulso de ella hubo de ser

(1) CONDE, *Hist. de los Arab.* Parte 2.ª, cap. 30.

(2) Abu-Taher sin duda murió en la acción, pues además de no volvérselo á mencionar, otro ocupa después el gobierno de Huesca que él tenía.

(3) ROMÉY, *Historia de España*, Parte 2.ª, cap. 10. Además es indudable que Zeid obtuvo su cargo á mano armada, pues el texto de las crónicas dice que entonces él había invadido á Barcelona, lo cual también supone un conflicto ó un choque y confirma el aserto de Romey.

forzosamente de los cristianos mozárabes; pues por muy vivamente que apeteciesen sus moradores infieles apartarse de la obediencia del emir de Córdoba, si á ellos sólo se debiera todo el suceso no habrían juzgado de tanta monta ni tan urgente hacerse vasallos del franco como la conducta del nuevo walí probó lo opinaban los barceloneses. Zeid pasó al punto á Aquisgrán, y sometiendo la ciudad á Carlomagno, le prestó homenaje (1). Pero bien como estrechado á ello por los ahogos de la revuelta y mayormente por los cristianos de dentro y fuera de Barcelona, pronto mostró que, á ejemplo de sus antecesores en el mando, no había hecho más que contemporizar, y que al prestarlo se reservara el arbitrio de exponerlo á la consideración del emir como aparente y cosa arrancada por la fuerza y aun aconsejada por la prudencia. Así vueltas á su imperio Huesca y Lérida, sin la menor resistencia sometió el emir El-Hakem á Barcelona, entonces cuando con presteza y fortuna casi increíbles, apartándose por un momento de la guerra empeñada con sus tíos, vino á caer como un rayo sobre la España oriental, recobró á viva fuerza á Gerona y tramontando el Pirineo corrió con grande estrago la Septimania. Empero si con esa impetuosa excursión había reparado sus cosas y difundido el espanto en sus contrarios, y por muy fortalecida que dejase esta frontera, la guerra civil del centro de España le robaba toda la atención y ocupaba todas sus fuerzas, y con su ausencia podían aquí volver á levantar la cabeza los descontentos.

Aunque en la anterior entrada de los francos, el jefe de la España oriental Bahlul-ben-Makluk les había presentado batalla en que fué destrozado; esta acción no alcanzaba á borrar la memoria de su infidelidad, y en el juicio del emir El-Hakem más

(1) EGINHARDI, *Annales de gestis Caroli M. — Annales Franco. Fuldenses. — Caroli Magni Regis Francorum et imperatoris vita ab incerto scriptore sed cætaneo. — Vita Caroli Magni per monachum Egolismensem descripta. — POETE SAXONICI, Ann. de Gestis Caroli Mag. — Annales franco. Bertiniani.* Véase el APÉNDICE, Número 6, Letra E.

peso debía de tener la circunstancia de haber él sido el principal instigador y el cabeza de la rebelión de aquellos wálfes. Así, si bien conservó el emir en sus gobiernos á los de Huesca y de Barcelona, no reaparece Bahlul mandando en Zaragoza, metrópoli de la provincia, sino en lugares montañosos, y desde estos se le ve acudir á principios de 798 á implorar con ruegos y con dádivas la paz de los francos y á ofrecérseles para la nueva expedición que proyectaban (1): claro indicio de que se le había despojado del mando, y si alguno ejercía á la sazón, lo debía á la misma parcialidad que ya también antes acaudillaba (2). Esto acabó de patentizarse con la diferente manera con que él y aquellos wálfes de Huesca y Barcelona obraron: la tenacidad de Bahlul, los activos servicios que prestó á los francos y el encono profundo que se prodigaron él y el emir, corrieron parejas con lo constancia que en mantenerse leales á éste emplearon los dos segundos. El consejo, que Ludovico Pío celebraba entonces en Tolosa, aceptó las ofertas del árabe, y hasta tal punto las debió de creer válidas y seguras, que es decir, conceptuar imposible su reconciliación con el emir de Córdoba, que ni siquiera le exigió el vasallaje de costumbre; tras lo cual abrió la campaña.

En ésta no sólo se recuperó cuánto al otro lado del Pirineo se había perdido, sino que ocupando tercera vez á Gèrona, las huestes francas se tendieron desde la orilla del Mediterráneo por el gironés hasta el corazón del alta Cataluña. Ya no cabía desistir de lo comenzado si los estados aquitánicos habían de gozar de sosiego seguro, y raramente la ocasión se hubiera vuelto á presentar tan propicia. Así Ludovico, después de repoblar y presidar la ciudad de Ausona (*Vich*), las fortalezas

(1) ANÓNIMO ASTRÓNOMO, *Vita et actus Ludovici Pii Imp.* Véase el APÉNDICE, Número 6, Letra F.

(2) Marca en su *Marca hispánica* supone que Bahlul mandaba en Huesca y en las montañas vecinas; pero esto contradice á todos los datos históricos. El único walí de Huesca, que la historia menciona entonces, es Hassan; y Bahlul no entra en campaña afianzado en ninguna plaza ni al frente de fuerzas determinadas sarracenas, sino que el núcleo de ellas lo forman montañeses catalanes.



PUERTA DE LA CAPILLA DE SANTA LUCÍA

de Cardona y Caserres, y otros lugares desiertos merced á tanto vaivén y estrago, entre los cuales sin duda hayan de contarse los inmediatos Solsona y Berga, organizó lo restaurado, y si su padre Carlomagno había instituído en Gerona el condado primero que tuvo, Cataluña ahora creó el segundo, componiéndole de los puntos nombrados y dando al conde *Borrell* su defensa y su gobierno (1). No creemos que á Urgel la alcanzasen las susodichas expediciones de los árabes; y la misma heréjia que en 783 nos la mostró restaurada, y con obispo é iglesia constituída y perfecta, ahora en 798 asimismo confirmó la temprana libertad de aquella plaza con motivo que el emperador Carlomagno enviase á ella su legado Leydrado, arzobispo de Lión, y el metropolitano arzobispo de Narbona, que celebraron allí dos concilios muy concurridos para extirparla: congregaciones imposibles á haberse asolado la ciudad como otras, ó á poseerla los árabes todavía. Entonces el walí de Huesca Hassán juzgó prudente reiterar sus rendimientos anteriores, y envió á Ludovico las llaves de su ciudad y algún regalo con promesa de entregar aquella cuando fuese oportuno. De esta manera, afirmando primeramente la planta en el suelo catalán y asentado el dominio franco en toda el alta Cataluña y en el centro de ella, puestos en esa nueva frontera presidios numerosos y condes aguerridos que entretuviesen la guerra y diesen la última mano á las fortificaciones y á la reorganización del país; era tiempo de ensanchar la conquista, para la cual les ofrecían una contingencia menos peligrosa la segura retirada á lo nuevamente establecido, y la facilidad de rehacerse allende en el reino aquitánico al amparo de esta frontera ó *Marca española*. Con tal cautela, que cierto las invasiones pasadas debieron de aleccionarle, entró Ludovico con un regular ejército, no tanto á emprender seriamente nuevas conquistas, como pa-

(1) ANÓNIMO ASTRÓNOMO, *Vita et actus Ludovici Pii Imp.* Véase el APÉNDICE, Número, 6, Letra F.

ra tantear hasta qué punto pudiese esperarlas de los ofrecimientos de los walíes y á donde la buena fe de éstos alcanzaba. Esto al menos se deduce de los hechos. Zeid, el de Barcelona, le salió al encuentro con gran cortesía y muestras de sumisión, mas no le entregó la plaza; y Ludovico continuó su marcha hacia Lérida que entró á viva fuerza y destruyó; por lo cual no es creíble que, á asistirle poder bastante, hubiese dejado de intentar otro tanto contra Barcelona. El de Huesca imitó el ejemplo de Zeid; y así, después de talar sus alrededores, el rey regresó á la Aquitania. Sabía, pues, á qué atenerse tocante á las ofertas de los infieles; y como entrambas ciudades eran fortísimas y estribaba en ellas la aseguración de lo comenzado, dispuso el bloqueo de Barcelona. Debíó de emprenderlo parte del ejército que había destruído á Lérida; los condes de Gerona y de Ausona tampoco se habían establecido en vano en aquella frontera para que la dirección de él no corriese á su cargo; Bahlul-ben-Makluk, como caudillo de montañeses, era á propósito para las operaciones arriesgadas y las sorpresas de semejante campaña; ¿qué ocupación más sagrada y más deseada podía imponerse á los que durante tantos años y sin ningún auxilio habían defendido su religión y su libertad en lo más áspero de los montes, mayormente cuando ahora un emperador y un rey tomaban la restauración á su cargo, les asistían huestes organizadas, y les mandaban condes aguerridos? Las crónicas francas concuerdan en que el asedio se prolongó casi dos años; y pues hasta mucho después no entraron las gruesas divisiones de Ludovico á formalizar la circunvalación, que no duró sino algunos meses, no vacilamos en afirmar que esos fueron los únicos medios con que se comenzaron las hostilidades contra la plaza. Así se pasó el invierno de aquel año 800: las repetidas tentativas de los bloqueadores se estrellaban en la fortaleza de la ciudad; por lo cual, al rayar la primavera de 801, pensóse en entender seriamente en la manera con que tan difícil é importante operación quería ser llevada á cabo.